

—Esto es el fin del mundo! murmuró entre dientes el librero tapándose los oídos.

—A propósito del rector; allá vá atravesando la plaza, gritó otro estudiante.

Todas las miradas de los estudiantes se dirigieron al punto que indicaba el que habló.

—¿Conque es, en efecto, nuestro venerable rector el Sr. Thibaut? preguntó Juan Frollo, que se había encaramado á un pilar del interior y no podía ver lo que pasaba fuera.

—Sí, sí, respondieron los demás estudiantes.

Era verdaderamente el rector, que con los demás dignatarios de la Universidad salían á recibir procesionalmente á la embajada á la plaza del Palacio. Los estudiantes, agrupados á la ventana, los acogieron al pasar con sarcasmos y aplausos irónicos. El rector, que iba delante, recibió la primera andanada, que fué ruda.

—¡Buenos días, señor rector, buenos días!

—¡Es milagro que esté aquí el antiguo jugador y que abandone los dados!

—¡Cómo trota sobre la mula, que tiene las orejas menos largas que él!

—Buenos días, señor rector Thibaut! *Tibalde aleator!*

—Dios os guarde! ¿Habeis hecho esta noche con frecuencia seis doble?

—¡Vaya una cara caduca y abatida por el amor al juego!

—¿Dónde vais volviendo la espalda á la Universidad y trotando hácia la ciudad?

Luego les llegó el turno á los demás que iban con el rector.

—Mueran los bedeles! ¡mueran los maceros!

—Dime, Roberto, quién es aquel?

—Es Gilberto de Sully, el canceller del colegio de Antun.

—Toma mi zapato y échaselo á la cara, tú que estás mejor colocado que yo para eso.

—*Saturnalitia mittimus ecce nuce.*

—¡Mueran los seis teólogos con sus blancas sobrepellices!

—Esos son los teólogos? Yo creía que eran seis gansos blancos, regalados por Santa Genoveva á la ciudad por el feudo de Roogny.

—Mueran los médicos!

—Para tí mis borlas, canceller de Santa Genoveva, que has cometido conmigo una injusticia. Es cierto, porque concedió mi plaza en la nacion de Normandía,

al jovencillo Ascanio Falzaspada, que es de la provincia de Bourger, que es italiano.

—Eso es una injusticia, replicaron todos los estudiantes. ¡Muera el canceller de Santa Genoveva!

—Hola! Eh!... Joaquin de Ladehors!

—Hola! Luis Dahuille! Hola! ¡Lamberto Hoctement!

—¡Que el diablo ahogue al procurador de la nacion alemana!

—Allá van los capellanes de la Santa Capilla con sus mucetas grises: *icum tunicis gris!*

—*Sen de pellibus gris furratis!*

—¡Allá pasan los maestros de artes con capas negras y con capas rojas!

—Ese acompañamiento es la hermosa cola del rector.

—Parece que sea un Dux de Venecia que vá á contraer esponsales con el mar.

—Mira, Juan, ahora pasan los canónigos de Santa Genoveva.

—Que vayan al diablo los canónigos!

—Allá vá el doctor Claudio Choart; buscais acaso á María la Giffarde?

—Vive en la calle de Glatigny.

—Hace la cama al rey de los lujuriosos.

—Paga en cuatro maravedises; *quatuor denarios.*

—*Aut unum bombum.*

—Compañeros, mirad al maestro Simon Sanguim, el elector de Picardía, que lleva su mujer á la grupa.

—*Post equitem sedet atra cura.*

—Buenos días, señor elector!

—Buenas noches, señora electora!

—¡Qué dichosos sois de poder ver todo eso! decía suspirando Juan Frollo, metido en el follaje del capitel.

Entre tanto, el librero jurado de la Universidad se inclinaba al oído de Gil Lecornu y le decía:

—Os aseguro que esto es el fin del mundo; jamás se vió ese desenfreno en los estudiantes; las malditas invenciones del siglo todo lo pervierten, como la artillería, las serpentinatas, las bombardas, y sobre todo la imprenta, esa peste de la Alemania. Adios, manuscritos! ¡Adios, libros! La imprenta mata á la librería, se acerca el fin del mundo.

—Ya me lo parecia á mí por los progresos que hacen los tejidos de terciopelo, contestó el manguitero.

En este momento la campana del reloj del palacio dió las doce.

—Ah! exclamó toda la muchedumbre como una sola voz.

Los estudiantes callaron. Despues

hubo gran desorden en la muchedumbre, incesante movimiento de cabezas y de piés, detonacion general de toses; la multitud se arregló, se levantó y se agrupó; luego reinó el silencio y todos los codos permanecieron tendidos, todas las bocas abiertas y todas las miradas se fijaron en la mesa de mármol... pero nadie apareció. Los cuatro alabarderos de la bailía se mantenían allí tiesos é inmóviles como cuatro estatuas enclavadas; todos los ojos miraban al estrado reservado para los embajadores alemanes, pero la puerta permanecía cerrada y el estrado vacío. Desde el amanecer esperaba tres cosas la muchedumbre: el medio dia, la embajada de Flandes y el misterio; pero de las tres cosas solo el medio dia llegó con puntualidad.

Se abusaba ya del público; éste esperaba con impaciencia tres minutos, cinco, un cuarto de hora, pero nadie venia; el estrado continuaba desierto y el teatro mudo: la cólera sucedió á la impaciencia de la multitud, y palabras que marcaban su irritacion comenzaron á circular en voz baja.—El misterio! ¡el misterio! pedían gritando. Fermentaban ya las cabezas, y una sorda tempestad que empezaba á gruñir comenzó á notarse en la superficie de la muchedumbre; la primera chispa la hizo saltar Juan Frollo.

—¡Vayan al infierno el misterio y los alemanes! gritó con toda la fuerza de sus pulmones y retorciéndose como una serpiente alrededor del capitel.

La multitud aplaudió, repitiendo:

—¡Que se vayan al infierno los alemanes y el misterio!

—Si no representan el misterio en seguida, soy de opinion que debemos ahorcar al baile de palacio, para que nos sirva de ese modo de comedia y de moralidad.

—Bien dicho, contestó el pueblo aullando; mientras, podemos empezar ahorcando á los alabarderos.

Con gran aclamacion fueron acogidas esas palabras. Los cuatro aludidos palidieron y se miraban de reojo. La multitud se abalanzó hácia ellos, y ya veían que la frágil balaustrada de madera que los separaba del público se encorvaba é iba á romperse, doblegada por el peso de éste. El momento era crítico.

—A ellos! á ellos! gritaron de todas partes.

Pero en este instante la tapicería del vestuario se levantó y dió paso á un personaje, cuya presencia detuvo de repente

á la multitud y cambió su cólera en curiosidad como por encanto.

—Silencio! silencio! exclamaron muchas voces.

El personaje, poco seguro y temblando, avanzó hasta la orilla de la mesa de mármol, saludando al público con mil reverencias, que á medida que se aproximaba iban pareciéndose más á genuflexiones. Esto no obstante, se restableció la calma y solo quedaba ya de la pasada tempestad el ligero rumor que se escapa siempre del silencio de la muchedumbre.

—Señores y señoras vecinos de Paris, dijo el personaje; vamos á tener la honra de representar y de declamar ante su eminencia el señor cardenal un auto sacramental que se titula: *El buen juicio de Nuestra Señora la Virgen Maria*. Yo represento á Júpiter. Su eminencia está acompañando en estos momentos á la muy honorable embajada del duque de Austria, que está ahora escuchando el discurso del señor rector de la Universidad en la puerta de los Asnos. En cuanto llegue su eminencia el cardenal empezaremos el misterio.

Precisa fué la intervencion de Júpiter nada menos para salvar á los cuatro alabarderos de la bailía del palacio. Si hubiéramos tenido la suerte de inventar esta verídica historia, y por consecuencia, si fuésemos responsables de ella ante la crítica, no se hubiera podido invocar en este momento contra nosotros el precepto clásico: *Nec deus intersit*. Por lo demás, el traje del señor Júpiter era primoroso y contribuyó á calmar á la muchedumbre, haciendo fijar en él la atencion. Júpiter ceñía coraza cubierta de terciopelo negro, con clavos dorados; cubríale una caperuza guarnecida de botones de plata sobredorada; era roja y espesa la barba, que casi le ocultaba el rostro; el rollo de carton dorado, sembrado de lentejuelas, que llevaba en la mano, queria ser una imitacion del rayo; y aunque llevaba los piés de color de carne y encintados á la griega, hubiera podido parangonarse bien, por la severidad de su vestimenta, con un arquero breton del cuerpo del príncipe de Berry.

## II.

Pedro Gringoire.

Las primeras palabras de la arenga del citado personaje aplacaron al público, y su brillante traje excitó la admira-

racion del auditorio; pero cuando formuló esta desdichada conclusion: "Cuando llegue su eminencia el cardenal empezaremos el misterio," su voz se perdió entre una tempestad de silbidos.

—Empezad el misterio! ¡El misterio en seguida!... gritó el pueblo; y por encima de todas las voces sobresalía la de Juan Frolo.

—¡Mueran Júpiter y el cardenal de Borbon! vociferaban Robin Poussepain y otros escribientes albergados en la ventana.

—¡Al momento el auto sacramental, ó sino saco y cuerda para los comediantes y para el cardenal! repetía la multitud.

El pobre Júpiter, azorado, despavorido y pálido á pesar del colorete, dejó caer el rayo de la mano, quitóse la caperuza y saludó, temblando y balbuciente:

—Su eminencia... los embajadores... la princesa Margarita de Flandes... No sabia lo que hablaba: tenia miedo de que le ahorcasen; de que le ahorcase el pueblo, cansado de esperar; de que le ahorcase el cardenal por no haber esperado más: por ambas partes que mirara, solo veía el abismo, esto es, la horca.

Por fortuna suya, otro personaje vino á sacarle del conflicto, asumiendo toda la responsabilidad. Este era un individuo que estaba más acá de la balaustrada, en el espacio que habia libre alrededor de la mesa de mármol, y que nadie le habia visto hasta ahora, porque el pilar en que se recostaba ocultaba por completo á la vista del público su larga y delgada figura: este individuo, flaco, enclenque y blanco, jóven todavía, aunque empezaban á arrugársele la frente y las mejillas, de brillantes ojos y de boca sonriente, vestia de sarga negra, raida y lustrosa de vejez; este individuo se aproximó á la mesa de mármol é hizo una señal al apurado comediante, que la turbacion de éste no le permitió ver.

Acercándosele entonces más el recién venido, le dijo:

—Júpiter, mi querido Júpiter!...

El otro ni siquiera le oía; perdió al fin la paciencia el recién llegado y le gritó casi en sus narices:

—Miguel Giborne!

—Quién me llama? exclamó Júpiter, como el que despierta sobresaltado.

—Yo, respondió el personaje vestido de negro.

—Ah!

—Empezad al momento; complaced al público. Yo me encargo de apaciguar

al baile, el que apaciguará al señor cardenal.

Júpiter respiró.

—Señores, gritó con toda la fuerza de sus pulmones á la muchedumbre, que continuaba silbando; vamos á empezar en seguida.

—*Évoe, Júpiter! Plaudite, cives!* gritaron los estudiantes.

—Vitor! vitor! contestó el pueblo.

El palmoteo fué tan atronador, que cuando Júpiter se entró tras la tapicería resonaban aun en la sala las aclamaciones.

Entre tanto el personaje desconocido que convirtió mágicamente *la tempestad en bonanza*, como dice Corneille, volvió modestamente á colocarse en la penumbra del pilar, y sin duda hubiese permanecido allí inmóvil y mudo, como antes, si no le hubieran sacado de allí dos mujeres jóvenes, que, colocadas en la primera fila de los espectadores, se habian fijado en el diálogo que entabló con Miguel Giborne Júpiter.

—Señor! le dijo una de las jóvenes, haciéndole seña de que se aproximase.

—Cállate, Lienarda, le contestó su vecina, que era hermosa, fresca y que iba endomingada. Este no es clérigo, es un laico, y no tiene tratamiento de señor, sino de maese á secas.

—Señor! repuso Lienarda.

El desconocido se arrimó á la balaustrada y preguntó apresurado:

—Qué quereis de mí, buenas mozas?

—Yo nada, contestó Lienarda con turbacion; es ésta, es Grigueta, que desea hablaros.

—Yo no, respondió ésta ruborizándose; es que Lienarda os dijo *señor*, y yo la repliqué que no teniais ese tratamiento.

Las dos jóvenes bajaron la vista al suelo y el otro, que no deseaba otra cosa que entablar conversacion con ellas, las miraba sonriendo.

—¿No teneis nada que decirme, buenas mozas?

—Nada, dijo una.

—Nada, repitió la otra.

El personaje hizo ademán de retirarse al pilar, pero las jóvenes curiosas no querian soltar la presa.

—Maese, exclamó apresurada Grigueta con la impetuosidad de una exclusiva que se abre, ó como mujer que se decide por un partido; ¿conoceis al soldado que vá á representar el papel de la Virgen en el misterio?

—El papel de Júpiter quereis decir?

—Sí, contestó Lienarda; ésta es estúpida. Conoceis á Júpiter?

—Sí; es Miguel Giborne.

—Lleva barbas terribles, exclamó Lienarda.

—¿Será muy gracioso lo que se diga con ellas? preguntó tímidamente Grigueta.

—Será primoroso, respondió el personaje sin vacilacion.

—Qué es lo que se vá á representar?

—*El buen juicio de Nuestra Señora la Virgen*, auto sacramental.

—Ah! eso es diferente, repuso Lienarda.

—Es una moralidad nueva, que se vá á estrenar hoy.

—Entonces no será la que se representó hace dos años, el día de la entrada del señor legado, y en la que salian tres buenas mozas representando personajes.

—No, representaban sirenas, replicó Lienarda.

—Y salian desnudas, añadió el personaje desconocido.

Lienarda bajó púdicamente la vista; Grigueta la miró y siguió su ejemplo. El desconocido prosiguió hablando y sonriendo.

—Era aquello un espectáculo gracioso; hoy se representa una moralidad escrita expresamente para la princesa de Flandes.

—Se cantarán idilios pastoriles? preguntó Grigueta.

—Eso es impropio de una moralidad, contestó el desconocido; eso solo puede ser en una farsa; no hay que confundir los géneros.

—Qué lástima! Allí salian, junto á la fuente del Ponceau, hombres y mujeres salvajes que se peleaban y hacian mogigangas, cantando villancicos y canciones pastoriles.

—Lo que conviene á un legado no le conviene á una princesa, replicó con sequedad el desconocido.

—Además, habia allí muchos instrumentos que ejecutaban grandes melodías.

—Y para refrescar á los transeuntes, continuó Grigueta, echaba la fuente por tres caños hipocrás, vino y leche, y bebía cada uno lo que queria.

—Y más allá de la fuente, añadió Lienarda, en la Trinidad, personajes mudos representaban la Pasión sin hablar.

—Me acuerdo, repuso Grigueta, que iba Cristo en la cruz y los dos ladrones á la derecha y á la izquierda.

Al llegar á este punto, las dos jóvenes

se acalararon con el recuerdo de la entrada del legado y se pusieron á hablar las dos á un tiempo.

—Más adelante, en la puerta de los Pintores habia otros personajes, ricamente vestidos.

—Y en la fuente de San Inocencio, aquel cazador que perseguia á un ciervo, entre el ruido de los perros que ladraban y el sonido de las bocinas.

—Y en la carnicería de Paris aquellos tablados que figuraban la Bastilla de Dieppe.

—Y cuando pasó el legado, se dió el asalto y degollaron á todos los ingleses.

—Y en la puerta del Chatelet habia tres magníficos personajes.

—Y el puente de Change estaba cubierto de tapicería.

—Y cuando le atravesó el legado echaron á volar encima del puente doscientas docenas de toda clase de pájaros. Ah, eso fué muy bonito!...

—Más bonito será hoy, repuso al fin el personaje desconocido, que ya escuchaba impaciente á las dos jóvenes.

—¿Nos asegurais que ese misterio será bonito?

—Sin duda ninguna, contestó, añadiendo con énfasis: Porque yo soy el autor.

—De veras? exclamaron las jóvenes sorprendidas.

—De veras, respondió el poeta, irguiéndose ligeramente; es decir, somos dos los autores. Juan Marchant, que ha serrado las tablas y ha levantado el tablado del teatro y ha dirigido toda la parte material de él, y yo, que he escrito la obra; yo me llamo Pedro Gringoire.

El autor de *El Cid* no hubiera dicho con tanta arrogancia: Pedro Corneille.

Nuestros lectores comprenderán que pasó bastante tiempo desde el momento en que Júpiter desapareció tras la tapicería, hasta el instante en que el autor de la nueva moralidad se reveló bruscamente á la cándida admiracion de Grigueta y de Lienarda. Cosa notable fué el que aquella multitud, algunos minutos antes tan tumultuosa, esperase ahora con mansedumbre fiada en la palabra de un comediante; lo que prueba la verdad eterna, todos los dias experimentada en los teatros, de que el mejor medio para que el público espere con paciencia es prometerle que vá á empezar en seguida la funcion.

A pesar de todo, Juan, inquieto como siempre, gritó de repente, interrumpien-

do el silencio que en el público sucedió al alboroto:

—Júpiter, Virgen, titiriteros, ¿os estais chuleando?... Empezad pronto la representacion, si no la empezaremos nosotros.

No necesitaron más los comediantes: al punto se oyó en el interior del tablado una música compuesta de diferentes instrumentos; se levantó el telon de tapicería, y cuatro personajes, llenos de afeites y vestidos de colorines, treparon por la carcomida escala del teatro, llegaron á la plataforma superior, se formaron en línea ante el público y le saludaron profundamente; entonces terminó la sinfonía y empezó el misterio.

Los cuatro personajes, despues de recoger con usura en aplausos el pago de sus reverencias, comenzaron, entre el silencio religioso de la multitud, un prólogo, que queremos evitar al lector la molestia de escucharlo. Por lo demás, el público se ocupaba más de los trajes que llevaban los comediantes que del papel que desempeñaban, cosa que sucede aun en la actualidad; pero verdaderamente aquellos trajes debian llamar la atencion de los espectadores. Se presentaron vestidos los cuatro personajes de túnicas mitad amarillas y mitad blancas, y que no se diferenciaban más que por la calidad de la tela; la primera era de brocado de oro y plata, la segunda de seda, la tercera de lana y la cuarta de lienzo. El primero de los personajes llevaba una espada en la mano derecha, el segundo dos llaves de oro, el tercero una balanza y el cuarto una azada; y para explicar á las inteligencias míopes que no pudiesen ver con claridad al través de la transparencia de estos atributos, se leian los siguientes letreros en grandes letras negras bordadas: en el ruedo de la túnica de brocado, YO ME LLAMO NOBLEZA; en la orla de la túnica de seda, YO ME LLAMO CLERO; en la de la túnica de lana, YO ME LLAMO MERCANCÍA, y en el de la túnica de lienzo, YO ME LLAMO TRABAJO. El sexo de las dos alegorías masculinas se indicaba con claridad al espectador sensato por medio de las túnicas más cortas y por las gorras que llevaban en la cabeza, mientras que las dos alegorías femeninas tenian las túnicas más largas y caperuzas en la cabeza.

Tambien hubiese sido torpeza no comprender, al oír la poesía del prólogo, que el Trabajo estaba casado con la Mercancía y el Clero con la Nobleza, y que estas dos felices parejas poseian en co-

mun un magnífico delfin de oro, que pretendian adjudicar á la mujer más hermosa. Iban, pues, por el mundo buscando y rastreando esa beldad, despues de desechar sucesivamente á la reina de Golconda, á la princesa de Trebisonda, á la hija del khan de Tartaria, etc., etc. El Trabajo, el Clero, la Nobleza y la Mercancía habian ido á descansar sobre la mesa de mármol del palacio de Justicia, enjaretando ante el honrado auditorio cuantas sentencias y máximas se podian encajar entonces en la Facultad de las Artes, en los exámenes, en las figuras y actos en los que los maestros ganaban el bonete de licenciado.

Entre toda la multitud de espectadores, sobre las que las cuatro alegorías deramaban á torrentes las metáforas, no habia oído tan atento, corazon tan palpitante, ojo tan fijo ni cuello más erguido que el ojo, el oído, el cuello y el corazon del autor, del envanecido Pedro Gringoire, que no pudo resistir momentos antes á la satisfaccion de decir su nombre á las dos jóvenes curiosas. A poca distancia de ellas volvió á colocarse detrás del pilar para desde allí poder oír, mirar y saborear la representacion. Los benévolos aplausos que acogieron el principio del prólogo resonaban aun en su corazon y estaba absorbido por completo en esa especie de contemplacion extática, en la que un autor vé caer sus ideas una á una de la boca del actor entre el silencio de inmenso auditorio.

Sentimos decirlo, pero este primer éxtasis que se apoderó del digno Pedro Gringoire fué interrumpido muy pronto: apenas el afortunado autor aproximó á sus labios la copa embriagadora de la alegría y del triunfo, cayó en ella una gota amarga. Un mendigo andrajoso, que nada podia recoger estando confundido entre el gentío, y que no encontró bastante indemnizacion en los bolsillos de los vecinos, trató de subir á algun punto alto para ponerse en evidencia y atraer las miradas y las limosnas. Habíase, pues, encaramado durante los primeros versos del prólogo, con el apoyo de los pilares del estrado reservado, hasta la cornisa que limitaba la balastrada por su parte inferior, y allí se sentó, llamando la atencion y excitando la piedad de la multitud, enseñando sus andrajos y una llaga asquerosa que le cubria el brazo derecho, pero no decia una palabra. Su silencio dejaba pasar el prólogo sin estorbo, y no hubiera so-

brevemente sensible desórden, si la desgracia no hubiera querido que el estudiante Juan Frolo divisase desde lo alto de su pilar al mendigo y sus muecas. Apoderóse del joven descompuesta risa, y sin importarle interrumpir el espectáculo y turbar el recogimiento general, gritó con desenvoltura:

—Eh! ¡ahí está el mendigo enclenque que pide limosna!

El que haya tirado una piedra en un charco lleno de ranas, ó un escopetazo á una bandada de pájaros, puede formarse una idea del efecto que debieron producir aquellas frases incongruentes en medio de la atencion general. Gringoire se estremeció, como si hubiese sentido una sacudida eléctrica. Cortóse el prólogo, y todas las cabezas se volvieron tumultuosamente hácia el mendigo, que, en vez de desconcertarse, vió en este incidente buena ocasion para recoger algo, y se puso á gritar con acento doliente y con los ojos medio cerrados:—¡Una limosna por el amor de Dios!

—Calla! repitió, siempre gritando, Juan Frolo; es Clopin Trouillefon! Hola, amigo, ¿te incomodaba la llaga en la pierna, que te la has pasado al brazo?

Diciendo esto, el maligno estudiante arrojó con destreza de mono un cornadito en el sombrero grasiento que alargaba el mendigo con su brazo enfermo. El mendigo recibió sin inmutarse la limosna y el sarcasmo, y continuó exclamando con voz lastimosa:—¡Una limosna por el amor de Dios!

Este episodio distrajo al auditorio, y muchos espectadores, capitaneados por Robin y otros escribientes, aplaudieron con bullicio el caprichoso duo que acababan de improvisar, interrumpiendo el prólogo, el estudiante con su voz chillona y el mendigo con su imperturbable salmodia.

Gringoire estaba muy descontento: cuando volvió en sí del pasmo, se desgañitaba gritando á los cuatro personajes de la escena:—Continuad, continuad!—sin dignarse siquiera mirar con desden á los interruptores.

En este momento sintió que le tiraban por el extremo de la capa; se volvió de mal humor y le costó gran trabajo sonreírse, pero no tenia otro remedio: Gringuire habia pasado el brazo á través de la balastrada, y le tocaba para llamar así su atencion.

—Señor, le preguntó, ¿van á continuar?

—Por supuesto, contestó Gringuire, á quien chocó esta pregunta.

—En ese caso quisiera que me explicárais...

—Lo que van á decir? Pues escuchadlo.

—No, respondió Gringuire; lo que han dicho hasta ahora.

Gringuire dió un salto, como herido á quien tocan la llaga.

—Mala peste cargue con esta necia! dijo el autor entre dientes. Desde este momento formó idea tristísima de Gringuire.

Entre tanto los actores obedecieron su mandato, y el público, viendo que volvian á representar, se puso á escucharles, no sin haber perdido algunas bellezas en la especie de soldadura que se hizo entre las dos partes de la pieza, tan bruscamente cortada; Gringuire se hacia esta reflexion en voz baja. Poco á poco se restablecia la tranquilidad, el estudiante callaba, el mendigo contaba algunas monedas dentro del sombrero y la representacion continuaba.

Era, en efecto, una pieza agradable y que creemos que se podría sacar partido todavia hoy de ella, haciéndose algunas correcciones y arreglos. La exposicion, algo larga y algo insulsa segun las reglas, era sencilla, y Gringuire, en el cándido santuario de su fuero interno, admiraba su claridad. Como puede inferirse, los cuatro personajes alegóricos estaban cansados de haber recorrido las tres partes del mundo sin haber podido adjudicar convenientemente el delfin de oro. Se ocupaban del pez maravilloso, elogiándole y haciendo mil delicadas alusiones al joven esposo de Margarita de Flandes, entonces recluso en Amboise, y sin sospechar que el Trabajo, el Clero, la Nobleza y la Mercancía venian solo por él de dar la vuelta al mundo. El susodicho delfin era joven, hermoso y valiente, y sobre todo (magnífico origen de las virtudes reales) era hijo del leon de Francia. Declaro que es admirable esta metáfora atrevida, y que la historia natural del teatro, en un dia de alegoría y de real epitalamio, no debe incomodarse porque un delfin sea hijo de un leon. Precisamente estas extrañas y pindáricas misceláneas prueban el entusiasmo. Sin embargo, para desarrollar tambien la parte crítica, el poeta debia haber desarrollado tan bella idea en menos de doscientos versos. Es verdad que el misterio debia durar desde medio dia hasta las cuatro de la tarde, segun lo dispuesto por el señor preboste, y que hay

que llenar esas horas de cualquier modo: por lo demás, el público lo escuchaba todo con paciencia.

De repente, estando disputando la Mercancía y la Nobleza, en el instante en que el Trabajo pronunciaba este mirífico verso:

*Onc ne vis dans les bois bête plus triomphante!* (1)  
la puerta del estrado reservado, cerrada hasta entonces, se abrió fuera de tiempo, y la voz resonante del ujier anunció de un modo brusco á su eminencia monseñor el cardenal de Borbon.

### III.

#### El señor cardenal.

**P**obre Gringoire! el extrépito de los Cohetes que se disparan la noche de San Juan, la descarga de veinte arcabuceros, la detonacion de la famosa culbrina de la torre de Billy, que en el sitio de Paris de 1465 mató de un tiro siete borgoñones; la explosion de la pólvora almacenada á la puerta del Temple, le hubieran destrozado con menos rudeza los oídos en aquel momento, solemne y dramático, que estas pocas palabras que salieron de la boca del ujier: *su eminencia monseñor el cardenal de Borbon.*

Pedro Gringoire ni temía ni desdennaba al cardenal; no sentía ni esta debilidad ni esta fortaleza; verdaderamente ecléctico, como se diría hoy, Gringoire era uno de esos espíritus dignos y fuertes, moderados y tranquilos, que saben mantenerse en un término medio en todo, *stare indimidio rerum*, que están llenos de razon y de filosofía liberal, aunque se trate de cardenales. Raza preciosa y jamás interrumpida de filósofos, á los que la sabiduría, como otra Ariadna, parece que les haya dado un ovillo de hilo que desovillan desde el principio del mundo al través del laberinto de las cosas humanas. Se les encuentra en todas las épocas, siempre lo mismo, quiero decir, segun las épocas. Sin contar á Pedro Gringoire, que los representaría en el siglo quince si hubiera adquirido la ilustracion que merecia, era su espíritu el que animaba al padre du Breul cuando escribió en el siglo diez y seis estas palabras, cándidamente sublimes y dignas de todos los siglos: "Yo soy parisiense de nacion y *parrhisian* para hablar, porque *parrhisia* en griego significa libertad de hablar,

(1) Nunca vióse en los bosques tan triunfante animal.

de la que he usado hasta con los señores cardenales, tio y hermano de monseñor el principe de Conti, siempre con el respeto debido á su grandeza y sin ofender á ninguno de su cohorte, lo que es mucho decir."

No habia, pues, en la impresion desagradable que recibió Pedro Gringoire ni odio al cardenal ni desden á su persona; al contrario, el poeta tenia demasiado buen sentido para dar el valor que debia tener á alguna alusion de su prólogo y en particular á que la glorificacion del delfin, hijo del leon de Francia, llegase á los oídos de su eminencia. Pero este interés no domina en la noble naturaleza de los poetas: supongo que se represente la entidad del poeta por medio del número diez; un químico, analizándola y farmacopeándola, como dice Rabelais, la encontraria compuesta de una parte de interés y de nueve partes de amor propio. En el momento en que la puerta se abrió para dar paso al cardenal, las nueve partes de amor propio de Gringoire, hinchadas y tumificadas por el soplo de la admiracion popular, se hallaban en estado de aumento prodigioso, bajo el que desaparecia ahogada la imperceptible molécula de interés, que dijimos hace poco que entraba en la constitucion de los poetas, ingrediente precioso, por otra parte, que les proporciona la realidad y la humanidad y sin el que no tocarian la tierra. Gringoire gozaba de sentir, de ver, de palpar, por decirlo así, una asamblea entera de bribones, es verdad, pero estupefacta, petrificada y como asfixiada ante las inconmensurables tiradas de versos que surgian á cada instante de todas las partes de su epitalamio. Aseguro que él mismo participaba de la satisfaccion del público, y que, al contrario de La Fontaine, que cuando se representaba su comedia *El Florentino* preguntaba: *¿Qué autor desaliñado ha escrito esta rapsodia?* Gringoire hubiera preguntado con mucho gusto á su vecino: *¿De quién es esta obra magistral?* Ahora ya puede juzgarse con exactitud el efecto que produciria en él la brusca é intempestiva llegada del cardenal.

Lo que temía se realizó; la entrada de su eminencia trastornó al auditorio y todas las cabezas se volvieron hácia el estrado, y fué tal el murmullo que se movió, que no podia oirse á los comediantes. El cardenal! el cardenal! exclamaron muchas voces. El desgraciado prólogo quedó cortado por segunda vez.

El cardenal se detuvo un momento en el dintel del estrado, y mientras paseaba las miradas indiferentes por el auditorio, crecia el tumulto; todo el público queria verlo mejor, y todos trataban de levantar la cabeza sobre las espaldas de los que tenian á los lados: en efecto, el cardenal era un alto personaje y su espectáculo valia tanto como el de una comedia.

Cárlos, cardenal de Borbon, arzobispo y conde de Lyon, primado de las Galias, contrajo parentesco de afinidad con Luis XI por medio de su hermano Pedro, señor de Beaujeu, que se habia casado con la hija mayor del rey, y tambien era afin de Cárlos el Temerario por parte de su madre, Inés de Bourgogne. Por consecuencia, el rasgo dominante, el rasgo característico y distintivo del carácter del primado de las Galias era el espíritu cortesano y el afecto á los poderosos. Puede, pues, comprenderse cuántos obstáculos debió proporcionarle este doble parentesco y cuántos escollos temporales tuvo que evitar su espiritual barca para no estrellarse contra Luis ni contra Cárlos, esta Scila y esta Caribdis que habian ya devorado al duque de Nemours y al condestable de Saint-Pol. Gracias al cielo hizo la travesía con felicidad y llegó á Roma sin estorbo. Pero aunque arribó al puerto, y precisamente por haber arribado, siempre recordaba con inquietud las peripecias diversas de su vida política, tanto tiempo alarmada y trabajosa. Así es que acostumbraba á decir que el año 1476 habia sido para él *negro y blanco*, dando á entender con esto que perdió el mismo año á su madre la duquesa de Bourbonnais y á su primo el duque de Borgoña, y que un duelo le habia consolado del otro.

Por lo demás, era un buen hombre: llevaba alegre vida cardenalicia; se solazaba en la tierra real de Challuan, no odiaba á Ricarda la Garmoise ni á Tomasa la Saillarde; daba limosnas á las jóvenes lindas con preferencia á las viejas, y por todos esos motivos era agradable y popular en Paris. Siempre iba acompañado de obispos y de abates de alto linaje, galantes, frívolos y bromistas cuando se presentaba ocasion á propósito, y más de una vez las buenas devotas de Saint-Germain de Auxere, al pasar por la noche por bajo de las ventanas iluminadas del palacio de Borbon, se escandalizaban de oír las mismas voces que les habian cantado las vísperas durante el día, salmodiar, entre el choque de las

copas, el proverbio báquico de Benito XII, aquel Papa que añadió una tercera corona á la tiara: *Vibamus papaliter.*

Esta popularidad, adquirida con tan justo título, fué sin duda la que le preservó á su entrada de no ser mal recibido por la multitud, que tan descontenta estaba momentos antes y tan poco dispuesta á respetar á un cardenal el día en que ella iba á elegir un papa; pero los parisienses no son rencorosos, y despues, como hicieron empezar la representacion por su propia autoridad, habian triunfado de la órden del cardenal y este triunfo les bastaba. Además, el señor cardenal de Borbon era un buen mozo y el traje rojo le sentaba muy bien, por lo que se pusieron de su parte las mujeres y por consiguiente la mitad mejor del auditorio; y habria injusticia y mal gusto en silbar á un cardenal por esperar mucho tiempo que comenzase el espectáculo, cuando éste es buen mozo y lleva con elegancia el traje rojo.

Entró, pues, y saludó á los asistentes con la sonrisa hereditaria que dirigen los grandes al pueblo, y se encaminó con pasos lentos hácia el sillón de terciopelo color escarlata destinado para él, con el aspecto de estar pensando en otras cosas. Su cohorte, lo que llamaríamos hoy su estado mayor de obispos y de abates, hizo irrupcion, detrás de él, en el estrado, no sin promover curiosidad y tumulto en el patio. Todo el público los señalaba y nombraba, queriendo conocer á unos ó á otros de la comitiva del cardenal: unos señalaban al obispo de Marsella, otros al primiciero de San Dionisio; éstos á Roberto de Lespinasse, abad de Saint-Germain-des-Prés, aquellos al hermano libertino de una querida de Luis XI.

Los estudiantes no cesaban de jurar, porque este era su día, su fiesta de los locos, su saturnal, la orgía anual de su jurisdiccion y de la escuela; cualquier torpeza se les permitia ese día; además habia bastantes mozas de vida airada entre la multitud, como Simona, Inés y Robina. ¿No era lo menos que podian hacer jurar sin cortapisas en tan clásico día, teniendo la buena compañía de las gentes de iglesia y de las hijas del placer?

Así lo hacian y aquello era un pandemonium, una cencerrada de blasfemias y de enormidades que se escapaban de las lenguas de los curiales y de los estudiantes, refrenados durante todo el año por temor al hierro candente de San